



S. HERNANDEZ, LITOG.

LIT. DE H. TRIARTE, MEXICO

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO.

D. FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO.

I.

SI es verdad, como lo creemos, que las conquistas de la inteligencia son mas grandes y gloriosas que las que consuma la fuerza física, debemos enyanecernos con el hecho de contar entre nuestros *hombres ilustres* al jesuita cuyo nombre sirve de epígrafe á este artículo.

Grecia amó mas en Xenofonte al ilustre historiador que al insigne jefe de los Diez mil, cuya retirada es un prodigio en los anales de la historia militar; Plutarco ha venido á convertirse en la fuente á donde todos vamos á beber los conocimientos mas elevados sobre la historia antigua, la verdad de muchos hechos ignorados aún por los pueblos cuya vida describe el ilustre griego, la narracion siempre interesante, lógica y filosófica del autor de las "Vidas Paralelas," cuyas obras guardaba cuidadosamente el capitán del siglo.

Si hay algun hombre que preste un servicio grande á la humanidad; si de álguien puede aseverarse que se eleva so-

bre todas las pasiones, sobre todos los crímenes de los pueblos, es del historiador sincero y concienzudo: de él se puede decir que está mas alto que los vicios que detienen á los pueblos en la vía de su perfeccionamiento; á él puede llamarse el maestro del hombre que vive en el seno tranquilo de la condicion privada, el maestro del jefe de una familia, de una sociedad, de un pueblo, de la humanidad toda.

A nosotros mismos nos parecería que exajeramos, si no vinieran en nuestro auxilio á corroborar nuestras opiniones, la historia y la experiencia. Esta nos dice que sin el recuerdo de las vicisitudes, de los sufrimientos, de las amarguras que dieron tortura á las generaciones que pasaron, la humanidad no daría un solo paso en la senda de la perfectibilidad de los pueblos; aquella nos revela esas vicisitudes y las causas que las engendraron; esos sufrimientos que acompañaron á nuestros predecesores y que nos acompañan aún, ese malestar que aflige siempre á las naciones, que las atormenta, que las destruye, solo porque no se quieren persuadir las sociedades de la verdad que entraña el principio humanitario y filosófico de la pequeñez del hombre ante la misma grandeza de su glorioso destino.

II.

Y así es la verdad.

La historia del hombre, mejor que la de los pueblos, nos presenta á un Hércules sometido á los caprichos de una mujer; á un Sanson esclavizado á una Dálila; á un David mendigando á una Abigail; á un Julio César, á un Antonio arrastrando sus glorias y sus laureles á los pies de Cleopatra; á un Enrique IV queriendo cubrir sus debilidades de hombre con su grandeza de rey; á un Luis XIV exclamando en tono compungido cuando un pobre fraile no quiere absolver

á una de sus favoritas: *Ya no la veré*, para echarse otra vez en sus brazos . . .

Tal es el hombre, tal es la humanidad. Los vicios de aquel y las desgracias de esta, la ignorancia del uno y los sufrimientos que torturan á la otra; el hombre aislado, viéndose mas rico de corazon que de entendimiento, y comprendiendo la otra que es mas infeliz que malvada; he aquí el conjunto de cualidades y de defectos, de esperanzas y decepciones que necesariamente se reflejan en los pueblos y por consiguiente en la historia de estos. Y en frente de tantos desastres é ilusiones, de crímenes y de grandes hechos, se coloca el verdadero historiador, elevándose sobre los vicios del individuo y de la sociedad, arrancando al pasado revelaciones importantes, juzgando imparcialmente las debilidades y las glorias de los que el mundo llama héroes, deslumbrado muchas veces por el brillo de una empresa llevada á cabo por circunstancias favorables al éxito alcanzado, ó contrariada por las preocupaciones, por los vicios de una época, de un pueblo.

El vulgo, siempre dispuesto á quemar incienso á las efímeras grandezas que lo fascinan, deja de venerar las verdaderas glorias; però viene el historiador á convertir, á la luz de la filosofía, en pequeñez la grandeza y en glorioso un hecho poco ensalzado, solo porque á la virtud del héroe no correspondió el resultado. Por eso aparece pequeño Pompeyo ante César, Bruto ante Antonio, Carlos XII ante Federico II y ante Napoleon Bonaparte; por eso entre nosotros mismos, y cuando existen todavía viejos veteranos de nuestra guerra de independencia, se quiere subalternar el patriotismo de Hidalgo y de Morelos á la fortuna de Iturbide . . .

Lo mismo sucede con las naciones: se les atribuye vicios que no han tenido y glorias mentidas, solo porque no se examinan sus errores, sus atentados, sus debilidades y sus desgracias á la luz de los hechos y de la filosofía de la historia. Pueblos antiguos se nos presentan con todo el aparato de glorias y virtudes exageradas por los que quisieron mentir á

la posteridad, mientras que otros, mucho mas modernos, cuya vida puede ser mejor conocida, son á menudo calumniados por las pasiones y por la ignorancia. Nos jactamos á veces de conocer á China y á la India, al Egipto y á Fenicia, á Grecia y á Roma, y desconocemos la historia de la grandeza ó de la decadencia de las naciones que nacieron ayer, y que sin embargo hoy ocupan un lugar en el gran catálogo de los pueblos ilustrados y libres. Ciertas tendencias á lo maravilloso, cierto apego á la fábula han deificado á todo lo antiguo, que se ve mas grande á medida que trascurren los siglos, mientras que disgusta el conocimiento de hechos verdaderos, solo porque no tuvieron lugar en una época remota, solo porque las costumbres actuales no se diferencian mucho de las que nos refiere la historia de las sociedades modernas.

III.

Uno de esos pueblos conocidos poco, pero muy calumniados, es el de México. Las frecuentes guerras que hace algunos siglos agitaron á las naciones que poblaban el inmenso territorio que se extendía desde California y Tejas hasta Yucatan y Guatemala; la destruccion de monumentos y de pinturas que pudieron revelar la existencia de muchos hombres y de muchos hechos, ignorados ahora completamente; las vicisitudes, los desastres que aniquilaban á las sociedades nacies; todas estas causas, decimos, y otras muchas nos impiden conocer á fondo la historia patria. Por otra parte, la conducta observada por algunos de los compañeros de Cortés, el fanatismo de los conquistadores, su sed de oro y su ningun deseo de conocer al país que subyugaron, vinieron á destruir cuanto podia demostrarnos el origen de la prosperidad de unas naciones y el de la decadencia ó la destruccion de otras. Por eso no es extraño que los mismos hijos del país,

los que vivimos despues de los tres siglos de esclavitud y de cincuenta años de ser independiente la república, ignoremos la historia de las generaciones que precedieron á la nuestra: Gracias á la aplicacion, al estudio de unos cuantos escritores, conocemos la historia de los aztecas; pero sabemos poco la de los civilizados toltecas y mucho menos la de los bárbaros chichimecas, de los huastecos, matlatzincas, zapotecas, totonaques, etc. Primero la anarquía y despues la conquista nos arrebataron preciosos monumentos y pinturas mas preciosas aún, dándose así un golpe rudo á la historia, golpe que ha resentido la ciencia en los tiempos por que atravesamos.

No se perdió todo sin embargo, á lo menos en lo que pudo darnos á conocer la existencia de algunas de las sociedades que vivian en el fecundo país del Anáhuac. El hierro del soldado y el fuego del fanatismo religioso no pudieron destruir todo, y así fué posible á los hombres estudiosos dejarnos la relacion de muchos hechos que de otra manera hubiéramos ignorado siempre. Podemos por esto conocer la verdad en las cuatro larguísimas cartas que Cortés escribió á Carlos V; estudiar la relacion sencilla, pero verídica, de Bernal Diaz, nada favorable por cierto á los conquistadores, y la de Lopez de Gomara. El fraile franciscano Olmos, sacerdote español, incansable en el estudio lo mismo que en el cumplimiento de sus deberes, nos dió á conocer multitud de antigüedades mexicanas; el padre Sahagun enriqueció todavia mas nuestra historia, lo mismo que los jesuitas Tovar y Acosta, ilustrados ambos y ambos literatos distinguidos en su época. Al estudio de estos hombres, amigos de la ciencia, á los trabajos de ellos se adunaron los de historiadores distinguidos del país, testigos oculares algunos, de los mismos hechos cuya relacion nos hacen. D. Fernando y D. Antonio Pimentel Ixtlilxochitl, hijo este y nieto aquel del último rey de Acolhuacan; los tlaxcaltecas Tadeo de Niza y Diego Muñoz Camargo; el texcocano Pomar; los mexicanos Cristóbal del Castillo y Chimalpain, y otros muchos, entre los que figura

D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, nos dejaron desde el siglo XVI sus importantes obras, que fueron consultadas por multitud de historiadores que sucedieron á aquellos. Herrera, Torquemada, Sigüenza y Góngora, Boturini y otros muchos continuaron la tarea por otros comenzada, y así pudo salvarse la historia de México de ser condenada al olvido, como parece que lo pretendieron los que hicieron un auto de fé con las pinturas y los ídolos del país.

IV.

Entre los mas ilustres de estos historiadores tenemos que citar al sábio jesuita D. Francisco Javier Clavijero, nacido en la ciudad de Veracruz el 9 de Setiembre de 1731. El hombre que con sus escritos debia llamar un dia la atencion de los amigos de la ciencia y de la literatura, hizo sus estudios en los colegios de San Gerónimo y San Ignacio de Puebla, y á los diez y siete años de edad entró de novicio en la Compañía de Jesus, que era entonces la órden religiosa que mas sábios producía. Escribió en el claustro algunas poesías y explicaciones de la doctrina cristiana en varios idiomas y dialectos del país.

No era posible que los jesuitas dejaran de conocer la aptitud y los grandes conocimientos que poseía Clavijero, y lo fueron distinguiendo á proporción que este revelaba sus felices disposiciones. El mismo comprendió que debia salir del recinto estrecho de un claustro, y se dedicó despues, con el mejor éxito, á la enseñanza de la juventud. Fué mucho tiempo catedrático en el colegio de San Ildefonso de esta capital y en los seminarios de Morelia y Guadalajara. En las tres ciudades dejó muchos aprovechados discípulos, que mas hubieran aprendido de su inteligente maestro, si no es este arrebataado del suelo patrio por la órden de expulsion que contra los jesuitas fulminó el filósofo rey Carlos III.

El mes de Junio de 1767 Clavijero fué aprehendido y embarcado para Italia, estableciéndose en Bolonia, donde fundó una academia literaria y escribió su "Historia Antigua de México," esa obra que hoy consultamos todos y que desde entonces fué traducida al alemán, al francés, al italiano y al inglés. El mismo Clavijero dice que escribe para evitar la ociosidad enojosa y culpable á que se halla condenado, para servir á su patria en cuanto sea permitido á sus fuerzas y para reponer en su esplendor á la verdad, ofuscada por una turba increíble de escritores. "En nada—agrega—he tenido mas empeño que en mantenerme en los límites de la verdad, y quizá mi Historia seria mejor recibida por muchos, si la diligencia que he empleado en averiguar lo verdadero, hubiera sido aplicada á hermohear mi narracion con un estilo brillante y seductor, con reflexiones filosóficas y políticas y con hechos creados por mi imaginacion . . . pero enemigo declarado de todo engaño, mentira y afectacion, siempre he creído que la verdad nunca es mas hermosa que cuando se presenta en su primitiva desnudez."

V.

Estas pocas palabras nos dan á conocer el carácter y las intenciones del historiador cuya biografía nos proponemos hacer, ocupándonos preferentemente de este por sernos poco conocido el hombre privado. De aquel nos queda una obra que nos permite juzgarlo; de este solo sabemos, ademas de lo que arriba dejamos apuntado, que tuvo una dedicacion constante al estudio, que cumplió fielmente con los deberes que le impuso su estado sacerdotal, que fué un teólogo distinguido, un hombre que en los pocos momentos que le dejaban libres las ocupaciones, principalmente las del profesorado, estudió historia, geografía y astronomía, supo varios idiomas y dialectos del país, y viajó mucho tiempo. El mis-

mo dice que sus viajes le proporcionaron muchos datos para su "Historia Antigua de México," y que en varios sitios hizo observaciones astronómicas.

Aquella obra sirve esencialmente á nuestro propósito, porque á decir verdad, juzgamos que los vicios ó virtudes del hombre no disminuyen ni aumentan la buena reputacion del escritor. Clavijero se distingue como tal, y así lo juzgamos; es decir, que nos referiremos al historiador y á su historia, para conocer á quien dignamente figura en el catálogo de los hombres ilustres de México.

Clavijero, como todo el mundo sabe, escribió la historia de su patria lejos de ella, lo que hace que no la haya enriquecido con citas y documentos históricos que en el seno del país se hubiera proporcionado indudablemente. Sin embargo, en aquella obra no solo se revela el patriotismo del autor, sino que aparecen su vasta erudicion y una crítica digna del filósofo que jamas adula los vicios de los tiranos ni los de las masas. Cuando cree que el celo por el bien de los indios que siempre manifestó el obispo Las Casas, lo llevó hasta á calumniar á sus compatriotas, y el anhelo por incensar á Cortés convirtió á Solís en un adulador, se propone huir de estos peligrosos extremos, rendir culto á la verdad, aunque el acento de esta ofenda á los descendientes de los opresores ó de los oprimidos, y narrar los hechos con sencillez y claridad, para que la lectura de su obra sea útil á los que quieran conocer la historia de México. Clavijero cumple su propósito fielmente; huye de las exageraciones, no da crédito como hechos históricos á ciertos episodios que evidentemente pertenecen á la leyenda y á la fábula, y analizando los escritos de los que le precedieron, descarta con juicio y habilidad las verdades de los errores, y de las creaciones de la preocupacion y de la ignorancia, aquello cuya existencia puede ser demostrada á los mas escépticos. De este modo consigue Clavijero hacer interesante su narracion y llevar á los lectores de su obra al conocimiento de la verdad, alterada á veces por los intereses, por el temor ó la esperanza de los que se com-

placen en ensalzar hasta el cielo las glorias de un personaje ó las de una sociedad, con mengua de la reputacion de otros pueblos y de otros hombres.

El libro primero de la "Historia Antigua de México" es interesante bajo todos aspectos. Las descripciones geográficas del país, las del clima, montes, rios, etc., las de los animales y plantas, son otras tantas obras para cuya formacion se requieren muchos y variados conocimientos. En una época como la en que escribe Clavijero, época durante la cual ciertos vicios de educacion y ciertas preocupaciones fomentadas por la tiranía y por el fanatismo religioso hacian que fueran pocos los hombres ilustrados entre nosotros, porque en los colegios se enseñaban solamente ciertas materias, aparece raro quien como el jesuita que nos ocupa se atreve á salir de la rutinaria enseñanza de la teología, del latin y de los silogismos. Clavijero comienza su historia con un tratado de geografía del país y de historia natural de México, á cuyo estudio califica la modestia del autor de un simple *ensayo*. No solo esto, sino que el sábio jesuita nos enseña las costumbres del pueblo cuya historia escribe, sus ritos, ceremonias, creencias, etc., lo que indudablemente aumenta el interes de sus escritos y sirve para conocer á fondo el carácter, la educacion, el grado de instruccion, etc., de las sociedades cuyo origen, crecimiento y cultura nos reseña.

Como observamos antes, el ilustre jesuita no se refiere, sino como incidentalmente, á la historia bastante oscura, por las razones que expusimos arriba, de los toltecas y de los chichimecas. Sí conviene en que aquellos vinieron de los países septentrionales de la América, y en que fueron destruidos por mil calamidades que los affigieron durante el reinado de Topiltzin, y que á su perdida grandeza sucedió la de los chichimecas conducidos por Xolotl de muy lejanas tierras á las inmediaciones de México. Esto consta en la historia y lo acepta, rechazando cuanto puede haber creado la imaginacion de pueblos incultos, si exceptuamos á los toltecas y aun á los mismos chichimecas. Clavijero no quiere

perder el tiempo en otras investigaciones, y de aquí que su obra no comience realmente sino con la época en que, mas civilizados los pueblos que habitaron el Anáhuac, su historia pueda merecer tal nombre.

Clavijero sigue con interes la peregrinacion de los aztecas, su establecimiento hasta que llegaron al tiempo de su mayor grandeza; pero no improvisa héroes, ni destruye reputaciones bien adquiridas, ni elogia el vicio, ni abate á la virtud. Examinando friamente les acontecimientos, refiriéndose á las causas que los engendraron, lamenta la tiranía de los señores y la abyeccion de las sociedades, así como refiere los progresos lentos ó rápidos de esta ó aquella nacion. Así procede tambien cuando narra los sacrificios cruentos, los episodios gloriosos, las hazañas propiamente dichas, y las defeciones, el desaliento y la apatía criminal de algunos en presencia de los enemigos comunes, los españoles. A estos tambien ensalza ó vitupera segun que sus hechos se prestan al elogio ó á la censura. Confiesa el génio de Cortés, el arrojó de este y de Alvarado, Sandoval y otros, pero no oculta sus crueldades, no quiere cubrir sus crímenes con el manto de la religion como lo han pretendido otros historiadores. Si bien mira en ciertos acontecimientos la justicia divina; si cree que los vicios de las generaciones que antecedieron á la que dominó Cortés fueron castigados en esta, no perdona al audaz conquistador sus atentados, principalmente aquellos en que Cortés reveló que poseía una alma feroz y vengativa. La ejecucion de Cuauhtemoc y de Tetzepanquetzaltzin, por ejemplo, es anatematizada por el ilustre jesuita filósofo y cristiano, así como otras muchas acciones de los soldados de Castilla. Clavijero, á pesar de que escribia en la novena década del siglo pasado, demuestra que los mexicanos y demas naciones del Anáhuac quedaron despues de la conquista abandonados á la miseria, á la opresion y al desprecio de los españoles y aun de los viles esclavos africanos y de sus infames descendientes.

VII.

El sábio veracruzano quiso dar mayor interes á su obra, y lo consiguió. Al terminar la historia de los acontecimientos de la conquista con la muerte de Cuauhtemoc, da principio á sus importantes disertaciones que harán siempre honor al célebre jesuita, honra de México. El origen de la poblacion de la América, las principales épocas de la historia del imperio fundado por Tenoch, cuyo estudio constituye un tratado de cronología; el exámen de la naturaleza del terreno que hace Clavijero en una época en que la geología era una ciencia casi ignorada, son cuestiones que trata y resuelve con demasiada maestría. Con no menos acierto habla de la constitucion física y moral de los mexicanos, de la cultura de estos, de su industria, de sus artes, de su legislacion, de todo lo que contribuye á dar á conocer á todas las naciones el país que describe y cuyos sucesos históricos narra; país entonces y ahora calumniado por extranjeros ingratos que han vivido en él, y por otros que hablan y escriben sobre México sin tener mas datos para ello que los negativos que producen la ignorancia y la audacia. A todos estos combate con éxito Clavijero, demostrando así su patriotismo, sus vastos conocimientos en muchas materias del saber humano. ¡Siempre defendiendo la honra de su patria el sábio jesuita, que tuvo la pena de morir lejos de ella, en Bolonia, el dia 2 de Abril de 1787! Su muerte, como dice un escritor, ocasionó un duelo general en el mundo científico y literario, que ha hecho y hará imperecedera la memoria del ilustre Clavijero.

AGUSTIN R. GONZALEZ.